

## EL SILENCIO EN EL TRABAJO EXPRESIVO CON ARENA

Mónica Pinilla Pineda

Reconocemos fácilmente los elementos materiales que posibilitan el *Trabajo expresivo con arena*: las cajas de arena, la arena ligeramente húmeda y las figuritas que representan tanto el mundo real como el imaginario. Podemos también considerar, aunque esto sea menos visible, el aspecto relacional del TEA basado en el encuentro humano que se da entre el niño, el facilitador y un grupo contenedor más amplio. Queremos, sin embargo, focalizar la atención hoy en otro elemento intangible y a mi parecer fundamental para la creación y mantenimiento de esa particular atmosfera libre y protegido del TEA: el silencio.

¿En qué consiste ese silencio?

¿Cómo nombrarlo sin desvirtuarlo?

¿Cómo develar lo que nos ofrece la presencia del silencio en el TEA?

Antes estas preguntas, me aventuro a señalar el silencio como una experiencia compartida.

Poco a poco el silencio se va instalando en cada encuentro de TEA con los niños. Es un silencio de profundo aquietamiento que esta colmado a la vez de potencial movimiento. Mientras los niños están afuera, disponiéndose para el encuentro, llegan usualmente cargados de agitación y acción. Allí, afuera, el silencio parece algo ajeno a ellos, pues su mundo aparece colmado de sonoridad y movimiento. Sin embargo, una vez ingresan al espacio del TEA cuidadosamente dispuesto para su encuentro con las cajas, sus acompañantes y las figuritas, los niños se topan también con el silencio. El silencio toma posesión de todo: el adulto está en silencio, el ambiente está en silencio y el niño se dispone entonces también a entrar en ese silencio. Y aunque para personas externas pareciera difícil, sabemos que los niños se integran casi inmediatamente con esa particular atmosfera que genera el silencio, podríamos decir que se entregan libremente a él, pues se encuentran en un espacio acogedor y seguro. Y así, el niño reconoce que este espacio es especial, es algo distinto a lo habitual.

Antes del ingreso de los niños el ambiente estaba colmado de expectativas. Los acompañantes mientras esperan y se van instalando en el silencio se preguntan: ¿cómo vendrá hoy “mi niño”?; ¿me mirará?; ¿con qué y a qué jugará?; ¿cómo llegará? o después de alguna inasistencia: ¿llegará o no llegará?

Y después de la cuidadosa preparación del salón para recibirlos, los niños ingresan para comenzar su juego a ese particular espacio que les ofrece el TEA con personas que los esperan expectantes. Algunos se dirigen primero a su acompañante para saludarlo o simplemente hacerle un tímido guiño de reconocimiento. Otros parecieran llamados inmediatamente por las figuritas y el juego, van directo al centro e inician su exploración por el universo de miniaturas que parecieran invitarlos a interactuar con ellas. Y así, cuando converge el silencio del acompañante, del grupo y del niño, en esa particular atmosfera grupal que se crea, pareciera que de repente las figuritas comenzaran a hablar con el niño activadas desde su imaginación. Entonces aquello que el niño explora y observa cobra de repente vida, ya que se comunica con ellos desde su mundo más interior. Es como si este silencio subiera el volumen del mundo interior.

En una ocasión antes del ingreso al salón del TEA, mientras se recordaba a los niños que el juego era en silencio, un niño de 12 años comentó: *“Ahh, en silencio... Es para que cuando está el silencio afuera, se puedan escuchar las voces que hablan por dentro...”*.

Y esas voces que hablan por dentro guían al niño en un encuentro entre su mundo interior y la realidad exterior. Lo que juega y construye en su caja de arena deja de ser realidad exterior y se convierte más bien en lugar de encuentro con su interioridad. Su juego y lo que construye tienen la particularidad de que todo lo que allí sucede acontece en presencia y compañía de un adulto que en silencio está atento a su juego. Así aquello a lo que el niño juega es parte de un continuo entre su adentro y el afuera. El adentro de sus voces y el afuera de lo que hace en su caja de arena. Esta experiencia psíquica ubicada entre el adentro y el afuera mientras el niño juega, inaugura lo que Winnicott denominó *espacio transicional* de donde proviene toda la cultura, toda la creatividad y tal vez también toda la espiritualidad. Quizás lo que sucede con el silencio en el TEA permite la experiencia del juego y que el niño ingrese a ese *espacio transicional* que percibimos casi como un santuario donde todo es posible en potencia.

Ese silencio que se instala en la sesión del TEA va introduciéndonos a todos en la posibilidad de una atención plena, atención que junto al silencio gesta esa atmosfera tan particular que acontece. Y entonces el niño lo percibe -aunque no se lo digamos- pues “la atención es la oración natural del alma”, como lo señaló Malebranche. Así el silencio es fundamental para disponernos a esa posibilidad de ofrecer al niño una atención plena. La ecuación que caracteriza aquello que envuelve la atmosfera grupal del TEA podemos enunciarla como: Atención+silencio. Y al ser este un silencio compartido genera comunidad, en el sentido que nos permite percibir nuestra más profunda común-unidad. Lo más importante aquí es entonces compartir silencio en silencio.

Ahora bien, el silencio en el TEA no es un silencio sin sonidos, más bien podríamos hablar, (como Simon & Garfunkel) de los sonidos del silencio. Escuchamos el sonido de figuritas en la exploración que pequeñas manos hacen de ellas, también percibimos los balbuceos y sonidos de niños mientras juegan, de pronto un “tu-tu-ru-tutú-tutú”, o también un: “pugggch-paggch” cuando hay un enfrentamiento de bandos en alguna caja. También escuchamos ocasionalmente palabras o breves relatos provenientes del juego o la pregunta de algún niño. Y en medio de los sonidos tiende a predominar, sin embargo, el sonido del silencio contenedor del encuentro del niño con su vida interior. Así estos sonidos son parte de un silencio mayor que acoge como en un santuario todo lo que allí acontece.

Al callar cambiamos la relación habitual con el niño: él es el guía de su propio proceso y nosotros tan solo sus acompañantes. Ese juego que emerge desde el contenedor silencio ofrece al niño, la posibilidad de explorar, elaborar y transformar, cuando sea su momento, incluso el horror que puede estar paralizado dentro. Así somos testigos de su juego y aprendemos a confiar en su proceso y en aquello que sea la más genuina expresión de su necesidad: construir o destruir, enterrar o destapar, confrontar o armonizar. Y mientras esto sucede sabemos que el niño está en presencia de lo más íntimo de sí mismo y entonces protegemos esa experiencia que intuitivamente reconocemos como sagrada y que antes había sido profanada por el abuso, la negligencia, la violencia, el trauma...

Por esto cuidamos el espacio y el tiempo que transcurre dentro de la sesión del TEA, pues percibimos que lo externo puede irrumpir y amenazar esa delicada experiencia del niño en su juego que es realmente un arduo trabajo expresivo de su interior. En el interior del espacio-tiempo del TEA percibimos en silencio que algo significativo está sucediendo, y aunque no sea visible se nos muestra como algo diferente e importante para cuidar. Así, algo de ese silencio preñado de potencialidad nos nutre a todos, al niño, a su acompañante y a todo el grupo. Como adultos somos entonces testigos no solo del juego del niño sino también de aquel niño que habita en algún recodo de nosotros mismos y nos recuerda susurrándonos las posibilidades del silencio, de nuestro silencio.